

Implicaciones subjetivas del conflicto armado en mujeres y hombres preadolescentes: un enfoque de intervención psicosocial^[1]

Hace un año la Corporación Vamos Mujer en alianza con CEDECIS, viene realizando un trabajo con 40 jóvenes hombres y mujeres, cuyas edades oscilan entre los 9 y 12 años.

El objetivo de este trabajo ha sido favorecer la disminución de las prácticas violentas en los jóvenes. Disminuir una práctica violenta supone transformar en principio una mentalidad. Esto significa que el mundo de las representaciones subjetivas construido a partir de la relación con el Otro (cultura, progenitores, pares, entre otros), determina en gran medida los actos, sean estos violentos o no.

Y con el fin de transformar esas representaciones que contribuyen a las practicas violentas, se diseñaron unas estrategias de intervención para el trabajo con los 40 preadolescentes que tuvieran en cuenta su momento generacional. Estas estrategias son el grupo de reflexión y la recreación. Dichas estrategias tienen como eje fundamental promover la simbolización y análisis de modos de pensar, sentir y actuar frente al otro, frente a sí mismos y frente a la ley. En tal sentido la recreación está al servicio de este fin, en tanto permite la puesta en escena de ciertos comportamientos, puesta en escena que favorece la confrontación y análisis de aquellas representaciones y motivaciones subjetivas que provocan ciertos comportamientos. A su vez la lúdica se constituye en una estrategia muy importante en el trabajo con personas de esta edad, ya que ellos se caracterizan por un pensamiento concreto, lo cual significa que la reflexión y la abstracción están siempre articulados a un acto en particular. Por tanto, es difícil que un grupo de jóvenes de esta edad se articulen en un trabajo cuyo único eje sea el dispositivo de palabra. En tal sentido hay que favorecer otros modos de representación y simbolización como son el juego, el dibujo; medios que a su vez permiten representarse, pero también sirven de pretexto para la verbalización.

Y bien, en este proceso han surgido una serie de elementos que permiten saber algo sobre la forma como los jóvenes están subjetivando el conflicto armado en su zona. Es necesario decir que el sector del Picacho se caracteriza por tener varias bandas delincuenciales, las cuales si bien han vivido procesos de paz continúan teniendo el mismo perfil y poder en el sector.

En términos generales se observa en los jóvenes una actitud de valoración por quienes hacen parte de esos grupos. De tal modo cuando el jefe de una banda se pasea por el barrio o por alguna institución, los niños se acercan admirados queriendo tocarlo como si fuera un líder o personaje muy importante. Es mas, algunos hombres preadolescentes manifiestan explícitamente su deseo de hacer parte de una banda, como un modo de obtener poder y respeto en el barrio.

Es así como este trabajo nos ha permitido identificar los distintos modos como los jóvenes están subjetivando, es decir, significando los hechos de violencia que se viven en su barrio. Y esto ha sido posible gracias a que se ha trabajado con ellos temas como modelos identificatorios, resolución de conflictos, derechos y responsabilidades, acoso y abuso sexual, a través de los grupos de reflexión y las actividades recreativas.

En tal sentido se realizaron unos talleres en los cuales los niños explicitaron qué concepción tienen sobre ser un hombre y sobre ser una mujer, y cuales son los modelos identificatorios valorados por ellos. Fue así como se obtuvieron los siguientes resultados.

En primer lugar se observa que la mayoría de los jóvenes tienen una gran valoración de figuras masculinas cuyas características son la fuerza, la capacidad de burlar la ley y de burlar la muerte, la capacidad de tener dinero y mujeres. En tal sentido los hombres admiran personajes de la televisión como Chuck Norris, Terminator; y, a su vez, admiran aquellos personajes del barrio que hacen parte de bandas. Es necesario decir que esto es una tendencia, lo cual no significa que todos los niños que viven en el barrio o que están en el grupo, subjetivan los hechos sociales de igual modo. Esto significa que algunos niños admiran ciertos personajes que no son violentos. Y esta diferencia permite afirmar que la significación que una persona le da a los hechos no sólo está determinada por el contexto social y político, sino también por hechos fundamentales, como es la forma según la cual cada uno de estos niños y niñas ha sido concebido a nivel simbólico por sus progenitores, como también lo que estos le han transmitido a sus hijos sobre la ley como un modo de abstenerse de la violencia. Este es un factor decisivo en el modo particular como cada ser humano significa la guerra, la violencia u otro hecho. Es decir, que cada ser humano forma un esquema de interpretación más o menos conciente, integrado fundamentalmente por las primeras huellas plasmadas en la relación con sus progenitores, desde donde interpreta el mundo y asume una posición. Lo cual no significa que lo social y cultural no tenga una gran incidencia, sí la tiene pero no explica la singularidad, es decir, las razones por las cuales a pesar de compartir el mismo barrio no todos los niños se identifican con modelos violentos.

Fue así como se pudo identificar que aquellos niños en los cuales se está produciendo una identificación con jóvenes de bandas, tienen antecedentes familiares muy complejos. Un ejemplo de ello lo constituye un niño abandonado por su padre y su madre, quien actualmente vive con su tío. Este niño presenta un síntoma

Por [María Paulina Mejía](#),
Psicóloga de la U.S.B.
Magister en Ciencias Sociales y
Humanas de la U. de A.,
cohorte «Psicoanálisis, cultura y
vínculo social»
Docente del programa de
Psicología-Funlam



Luis Caballero
Sin título
1990
Óleo sobre papel
195 X 115 cm

difícil de erradicar el cual consiste en robar sistemáticamente cosas a los compañeros, e incluso a los profesores. Cuando el colegio cita al tío para conversar sobre este asunto, él dice que no le ve problema a ese comportamiento, pues en la vida hay que rebuscársela de cualquier modo, pues de igual forma él lo hace. Este caso nos enseña como lo que este niño significó para sus progenitores, y a su vez la posición que tiene su acudiente frente a lo ilícito determina en gran medida su comportamiento y facilitan su identificación a personajes del barrio que tienen prácticas violentas.

Es así como la historia particular vivida en determinado momento social e histórico tiene consecuencia psíquicas. En tal sentido el discurso y valores que circulan en un contexto se convierten en una especie de sanción social, es decir en unos modelos que estipulan el valor de la persona. En tal sentido, si un niño no es fuerte, violento, agresivo será rechazado por sus pares. Por tanto, se observa que algunos preadolescentes hacen *como si* eso les gustara para así poder ser aceptados por el grupo social. Sin embargo, no es igual la posición de quien hace como si le gustara, a la de aquel que está convencido que dicho modo de ser violento es lo mejor para poder ser alguien en la vida.

Con relación a los modos de identificación en las niñas se observa algo distinto en cierto sentido. Ellas admiran a aquellas mujeres que son bellas y que son capaces de ser deseadas por esos hombres fuertes y admirados por la colectividad. No se hizo explícito en ellas el deseo de formar parte de bandas, sino de ser pareja de algún hombre con los atributos mencionados. Es más, la mayoría de las peleas que ocurren entre ellas se deben a celos porque tal niña se "encarretó" con el muchacho que a ella le gustaba. El poder para ellas gira pues en torno al ser capaz de conquistar a un hombre. A diferencia de los niños para quienes el poder está articulado a su capacidad de intimidar al semejante por medio de la fuerza.

De igual modo se observa una diferencia entre la forma como hombres y mujeres significan el cuerpo. Para los muchachos tener cicatrices se constituye en un motivo de orgullo. Es más, a veces ellos mismos se las hacen. Por el contrario, para las niñas la belleza es algo fundamental para lograr la valoración social como mujeres. Fue muy llamativo que las jóvenes al realizar un dibujo sobre su cuerpo, se quedaban todo el rato embelleciéndolo, pues no soportaban ver su imagen corporal sin estética. Por el contrario, los hombres no se preocupaban tanto de la estética como sí de la potencia. Fue el caso de un niño quien con un notable orgullo dibujó su pene, como algo que le heredo al padre. En tal sentido ser la más bella o ser el más fuerte, son dos modos distintos de resolver la pregunta relativa a que significa ser una mujer o un hombre.

Otro aspecto trabajado, fue el análisis de la significación que los preadolescentes le dan a la vida y a la muerte. Para tal fin se utilizó en principio el recurso gráfico (ver acetato) en donde por parejas dibujaban en un papelógrafo una imagen que para ellos fuera representativa de la vida y otra imagen representativa de la muerte.

El resultado de este ejercicio fue el siguiente. En la mayoría de los casos la vida era representada por elementos de la naturaleza, en los cuales no había presencia de seres humanos. La muerte, por el contrario, siempre estaba asociada con el homicidio y la guerra, en tal sentido ningún dibujo hizo referencia a la muerte por enfermedad. En general era una guerra entre hombres vinculados a bandas o a actos ilícitos (robos, estafas, u otros). Sólo en un dibujo una joven representa a una mujer que está matando a un hombre en venganza por todos los actos violentos de él hacia ella. La muerte es, pues, concebida como algo que le produce un ser humano a otro.

Y esa concepción de la muerte además esta anudada a otras significaciones:

* La muerte en ocasiones es concebida como una especie de descanso frente a una vida que se torna dura y tediosa.

* Burlar la muerte y jugar con ella se constituye en un valor, sobre todo en el caso de los hombres.

* Y percibir al semejante muerto si bien conlleva algo de horror y rechazo, a su vez produce en ellos un extraño deseo de mirarlo.

Con relación a las reflexiones anteriores los niños reconocen que existe en los seres humanos un empuje a disfrutar dañando a otros o a sí mismo. Situación frente a la cual no están de acuerdo, sin embargo a veces ese gusto es más poderoso que la razón. Un niño decía: "yo siento un gusto raro cuando daño algo, es como un placer que no puedo evitar". Este relato permite observar como en los niños y niñas se van instalando formas de goce, formas que no promueven la creación sino por el contrario la destrucción. Y lograr que ellos se interroguen por este tipo de actos en un contexto que los aprueba es algo difícil y lento.

Con relación a la relación con sus pares, algunos de ellos dicen que cuando sienten mucha rabia a veces surge en ellos un deseo de matar; deseo del cual se abstienen por el temor al castigo que ello conllevaría, castigo que puede significar la propia muerte. Es llamativo que aquellos que se constituye en un límite el cual posibilita el abstenerse de matar, sea el temor a perder la vida.

De lo anterior se pueden extraer dos hipótesis. En primer lugar el temor a perder algo valioso se constituye en algo que frena la realización de ciertos actos destructivos. Es como si la ley, en algún punto, se apuntalara en la premisa: *si no tengo nada que perder, tampoco tengo nada que temer*. En segundo lugar, se observa que en medio de un contexto que promueve la violencia subyace un valor por la propia vida. Sin embargo surge la pregunta, sobre cómo posibilitar que ese valor se extienda al semejante.

Lo anterior revela que la disposición a la crueldad es algo inherente al ser humano, independientemente de la edad. Los niños también pueden ser muy crueles con el semejante, con sus pares, hecho que se evidencia cuando se les pregunta, por ejemplo, qué tipo de sanciones merece el otro por un daño causado. Sus respuestas siempre están dotadas de castigos extremadamente crueles, como si a nombre de la justicia el ser humano también pudiera ejercer un derecho a la crueldad.

Sin embargo, esta predisposición del ser humano no significa que el contexto no cumpla una función decisiva. En este caso el conflicto armado en la zona exacerba ese empuje a la crueldad como el modo "normal" de dirimir los conflictos. Situación que se convierte en un modelo a seguir, en tanto si el o la preadolescente no responden como lo hacen todos para defenderse entonces "se la montan".

Sin embargo, es necesario indicar una diferencia significativa en el modo como niñas y niños resuelven los

conflictos. La tendencia de los hombres es utilizar el golpe, mientras en el caso de las mujeres, si bien también utilizan esa forma, prefieren el insulto verbal, el excluir a la amiga, ignorarla o hablar mal de ella con el fin de dañarle su imagen.

Pero, ¿cuál es la posición de los jóvenes frente a esos comportamientos caracterizados por una extensión de la violencia como medio privilegiado de resolver los conflictos?

Es notoria la tendencia de hombres y mujeres a justificar sus actos violentos, como un modo de defensa ante las agresiones del semejante. En tal sentido ellas y ellos tienden a identificarse al lugar de víctimas de la violencia. Alguien podría decir que en un contexto con esas características es difícil encontrar otro modo de resolver los conflictos. Por lo tanto, el contexto justifica la violencia. A lo que se puede responder que es verdad que el contexto facilita que esa disposición humana a la destrucción se exacerbe, se promueva. Países aparentemente muy civilizados en medio de la guerra, han cometido las peores atrocidades a nombre de ideales muy nobles. Por tanto, cuando la sanción social disminuye con relación a ciertos comportamientos como el de la crueldad esto efectivamente autoriza comportamientos violentos.

Sin embargo, ello no exime a cada persona, independientemente de su edad, a formularse una pregunta por la responsabilidad que cada uno tiene en aquellos actos que realiza. Como ya se anotó alguien puede decir que eso es culpa del contexto, o que eso es producto del destino o es la voluntad de Dios. Estas posiciones no favorecen una ética de la responsabilidad. Y esta ética se caracteriza por una disposición personal e íntima a preguntarse por qué se obró de cierta forma y eso que tiene que ver con lo que uno es. Sólo ese saber da la posibilidad de iniciar unas mínimas transformaciones de la posición frente a la vida. Claro que para preguntarse por los actos es necesario que la persona empiece a sentir un poco de incomodidad con su modo de ser, pues si la persona está identificada a su estilo de vida y a su modo de comportarse, difícilmente se hará una pregunta sobre su responsabilidad. Es decir, si un niño o niña luego de un acto violento nos dice, "yo soy así y no me interesa cambiar", esta posición hace muy difícil un proceso de transformación en su relación con la violencia.

Ahora bien, es necesario diferenciar la culpabilidad de la responsabilidad. En este proceso que hemos vivido con los niños en el cual se trata de promover la responsabilidad, se pretende no exacerbar la culpabilidad sino promover un deseo de transformación y un deseo de saber por aquellas coordenadas íntimas que determinan sus actos. La culpa supone que la persona siente vergüenza, arrepentimiento, y a su vez un profundo desprecio hacia sí mismo por lo que hizo. Pero esa culpa no garantiza una transformación. Por el contrario, el ciclo se puede repetir indefinidamente entre ese acto que se rechaza y la culpa. La responsabilidad, por el contrario, trasciende el afecto de malestar hacia sí mismo, y busca saber algo sobre las motivaciones internas que favorecen dicho comportamiento. Y como ya se anotó, es ese saber lo que posibilita algún tipo de transformación.

Con relación a esta propuesta, si bien es una apuesta constante no somos muy optimistas, pues no hay nada más cómodo que culpar al otro para liberarse del malestar que produce la responsabilidad.

En conclusión, efectivamente hay una serie de factores del contexto social que exacerban en los jóvenes modos violentos de respuesta. Esto significa que si bien se trata de que en cada ser humano se establezcan unos límites internos que le posibiliten abstenerse del deseo de dañar o dañarse, lo social a su vez se constituye en un medio de sanción frente a la violencia. Sanción que al relajarse autoriza cualquier práctica que promueva la muerte.

Sin embargo, no todas las personas que habitan un sector o barrio responden de la misma manera. Esto significa que cada persona subjetiva los hechos, los significa e interpreta de acuerdo a unos referentes más o menos concientes que ha construido como parámetros que rigen el modo de posicionarse en el mundo. Por tanto intervenir sobre la subjetividad, es decir sobre esos referentes íntimos es otro modo de hacerle contrapeso al conflicto armado.

Gracias.

[1] Texto expuesto en Seminario – taller sobre el conflicto armado urbano en las mujeres. Jardín Botánico. Medellín, agosto de 2000.